

Durante el verano de 1883 se acabó de imprimir el primer tomo de las *Ideas estéticas*, y arregló Menéndez y Pelayo la nueva edición de *Horacio en España*. También tradujo por entonces el *Himno* de Yehudá-Ha-Leví, que se publicó en 1884 (*Ilustración española y americana*).

Después del Gabinete Posada Herrera, vino al poder el partido conservador, con Cánovas á la cabeza y Alejandro Pidal de Ministro de Fomento, á principios de 1884. Menéndez y Pelayo fué electo diputado á Cortes por Palma de Mallorca (1), adonde hubo de ir, quedando «complacidísimo—escribía á Laverde en 21 de Mayo—no sólo por la belleza insuperable de la tierra, que recuerda lo que nos imaginamos que son ó que fueron las islas griegas, sino por la acogida verdaderamente cariñosa y entusiasta que me hicieron aquellos baleares». En Palma, á instancias de Quadrado y otros amigos, dió una conferencia acerca de Raimundo Lulio, que se imprimió allí. Visitó, además, mejor que el distrito, las bibliotecas públicas y particulares, y adquirió más de 30 volúmenes de raros libros lulianos. En aquella isla encontró un movimiento literario muy considerable, enlazado con el de Cataluña, pero con caracteres propios, dentro de la unidad catalana; florecían elegantísimos poetas, como Aguiló, Roselló y Forteza, y grandes investigadores históricos, como Quadrado, tan notable, además, como polemista católico.

De vuelta á Madrid, ocupóse en planes de reforma de la enseñanza superior, para las bases de una nueva ley de Instrucción pública, que el partido conservador deseaba presentar á las Cortes. Pidió consejo á Laverde, el cual remitió algunos proyectos, que pasaron al Ministerio. Laverde entendía que sería conveniente separar los estudios filosóficos de los históricos, filológicos y literarios, en la Facultad de Letras. Menéndez y Pelayo, con mejor acuerdo, era del dictamen contrario, y así escribía á su amigo: «Casi todas las naciones tienen, como nosotros, unidas en una misma Facultad la Filosofía y las Letras, y, á mi entender, con razón. Si la Filosofía no ha de ser un ergotismo bárbaro, de una ú otra escuela, es menester que tenga á su servicio todos los conocimientos auxiliares, y sobre todo, los de Filología, sin los cuales no podría abordar materialmente los textos de los grandes filósofos, ni penetrarse de su contenido. Por otra parte, es muy conveniente que los filósofos sepan escribir, y que estudien historia, para templar así discretamente el elemento racional con el real. Por otra parte, la Facultad de Letras, si le quitas la Filosofía, queda descabezada y sin verdadera trascendencia. La Estética no puede entenderla sino el que haya recorrido todas las partes de la Filosofía. Y así de los demás estudios que hoy tenemos, en apariencia heterogéneos, pero ligados por un lazo oculto, que hace de nuestra Facultad la mejor cultura general del espíritu. Claro es que los alumnos se inclinarán más á una cosa que á otra; pero esto sucede, poco más ó menos, en todas las Facultades. El que brilla en las clases de Derecho positivo, no suele ser el más fuerte en la de Filosofía del Derecho. Creo, pues, *salvo meliori*, que no conviene romper la unidad en que hoy vivimos, y que, si no da sus naturales frutos, es por culpa de la ley, que no ha sabido organizar de un modo gradual y completo los estudios.» Menéndez y Pelayo se inclinaba, además, á suprimir Facultades de Letras, dejando subsistentes sólo dos ó tres en España. En las reformas que entonces se proyectaron, entraban el nombramiento de los jueces de Tribunales de oposición, á propuesta de Universidades y Academias, y la supresión del año preparatorio de Derecho.

Por desgracia, la *separación* con que soñaba Laverde, se ha realizado después, y el

(1) La legislatura de 1884 á 1885 se abrió el 20 de Mayo de aquel año, y se cerró el 11 de Julio del segundo. La siguiente (de 1885) duró desde el 26 de Diciembre de 1885 hasta el 8 de Marzo de 1886, siendo en ella Presidente del Consejo, Práxedes Mateo Sagasta. En ambas fué diputado Menéndez y Pelayo.

resultado no ha podido ser más desastroso. Á consecuencia de ella, el número de alumnos en la Facultad de Filosofía de Madrid, oscila entre *uno* y *cinco*; pero hay, en cambio, un nutrido cuadro de Profesores y un lujo de asignaturas que representaría un extraordinario renacimiento científico, si no fuese indicio, por el contrario, de una verdadera decadencia. El orden de las enseñanzas es menos racional que antes, porque se estudia, por ejemplo, Historia de la Filosofía, *antes* de saber Metafísica, y el alumno, al llegar el Doctorado, tiene una preparación menos completa que con el plan precedente. Añádase á esto la *aptitud oficial* del Doctor en Letras para hacer oposiciones á cátedras de *Filosofía*, y se comprenderá el espantoso desorden introducido en esa esfera de nuestra enseñanza superior, donde sólo se ha pensado en crear cátedras nuevas, para favorecer muchas veces intereses personales, antes que los ideales de la instrucción universitaria.

* * *

El 10 de Julio de 1884 se votó en el Congreso de los Diputados la ley para la adquisición de la Biblioteca de Osuna. El preámbulo de esa ley es una especie de historia compendiada de tan célebre colección, y fué redactado por Menéndez y Pelayo.

Este aumentaba rápidamente el número de sus preciosidades bibliográficas. En el verano de 1884, el bibliófilo portugués García Peres, le regaló, entre otros libros, un manuscrito autógrafo de un tratado de Fisionomía y Craneoscopia, absolutamente ignorado por todos los eruditos, obra de un médico de Carrión de los Condes, el bachiller Luis Fernández, que floreció á principios del siglo xvi, y que debe contarse entre los precursores indubitables de Lavater y de Gall. En dicho verano, la biblioteca de Menéndez y Pelayo ascendía ya á unos 8.000 volúmenes, y su dueño hizo construir, en el jardín de la casa, un pabellón capaz para contener 25 ó 30.000 volúmenes más. Al año siguiente (1885), compró muy buenos libros antiguos en la almoneda de Salamanca (entre ellos la versión castellana del *Cuzary* de Yehudá-Ha-Leví), y entró en posesión de todos los manuscritos de Musso y Valiente, entre los cuales figuraba una traducción en verso del *Ayax* de Sófocles, y otra del *Heautontimorumenos* de Terencio.

En 1885 también, pronunció Menéndez y Pelayo su primer discurso parlamentario, y, por cierto, con extraordinario éxito. Fué el 13 de Febrero, con motivo de la interpelación sobre los sucesos universitarios, y contestando á Castelar, que le había aludido. Allí declaró el primero que el Instituto y la Universidad habían sido su segunda familia; que creía en el determinismo científico, y no en la libertad de la ciencia, porque «la ciencia es fatal»; que los Catedráticos pagados por el Estado deben someterse á su Constitución, al Concordato y al Código penal en sus enseñanzas, y refiriéndose á la desamortización, la llamó, recordando palabras de San Agustín, «inmenso latrocinio».

Pero la vida política no entusiasmaba á Menéndez y Pelayo, ni tenía él condiciones para ella. Necesariamente había de atender á las demandas de su distrito, contestar cartas, visitar Ministerios, asistir á reuniones, hacer viajes, y todo esto le robaba tiempo para sus trabajos literarios, y le causaba una molestia indecible. El mismo Laverde, su amigo más íntimo, necesitaba recordarle cuarenta veces una recomendación, para que Menéndez y Pelayo se decidiese á hacer algo eficaz en su favor.

El 16 de Julio de 1884 murió Milá y Fontanals, en su villa natal de Villafranca del Panadés, dejando á Menéndez y Pelayo heredero de sus papeles manuscritos. Con este motivo, en 27 de Julio de 1885, decía el último á Laverde: «Los testamentarios de Milá me escriben que han reunido ya sus papeles para enviármelos, conforme él dejó dispuesto en sus últimas voluntades. Deben ser muchos, porque llenan dos baúles. Debe haber trabajos muy adelantados, sobre todo el de los *Orígenes del teatro en Cataluña*, que era la obra

en que últimamente se ocupaba. Así que estén en mi poder sus manuscritos y los tenga revisados, empezaré á escribir su vida literaria con toda la extensión que reclama. Y si encuentro algún editor que quiera encargarse de ello, publicaré en dos ó tres volúmenes sus opúsculos literarios, poesías, etc., que tengo recogidos, y á los cuales, de seguro, podrá añadirse mucha cosa inédita, porque él ya tuvo el pensamiento de reimprimir sus estudios coleccionados».

Durante el verano de 1885 (época en que el cólera hizo estragos en España, alcanzando también á Santander, cuyo Alcalde, que era el padre de Menéndez y Pelayo, se portó bizarramente en aquellas críticas circunstancias), se acabó de imprimir la segunda edición de *Horacio en España*, y terminó D. Marcelino de escribir la parte de las *Ideas estéticas* anterior á la invasión del Romanticismo. En carta de 7 de Octubre, á Laverde Ruiz, deploraba la pérdida de los PP. Caminero (Francisco) y Comellas, y añadía este curioso párrafo sobre *interioridades* académicas: «He oído decir que, para la vacante de la Academia española, se piensa en Ceferino Suárez Bravo. Lo merece por todos conceptos; pero (acá para entre nosotros) creo que debíamos abusar menos de la ventaja del número, y dar entrada de vez en cuando á algún liberal inofensivo y de mérito, ó á algún escritor de relumbrón que nos congraciara un tanto con las masas. Van tres *neos* seguidos, y parece demasiada intolerancia. Yo no tendría inconveniente en votar á Galdós (1) por ejemplo; pero Tamayo, Cañete y Aureliano piensan de otra manera, y van cerrando demasiado el círculo. De todas maneras, mientras tengamos verdaderos literatos, como Suárez Bravo, los daños de este exclusivismo no serán grandes».

La impresión de las *Ideas estéticas*, la preparación de la nueva edición de *La Ciencia española* con su *Inventario bibliográfico*, que viene á ser una reseña cronológica del desarrollo de cada rama de los conocimientos humanos en España, y otros trabajos menores, ocuparon á Menéndez y Pelayo durante el año 1886.

En carta á Laverde, de 24 de Octubre de 1886, habla Menéndez y Pelayo por primera vez de su hermano D. Enrique, á quien profesó siempre un cariño sin límites: «No sé si sabrás—dice—que tengo un hermano poco menor que yo, llamado Enrique, médico, ó á lo menos Licenciado en Medicina, puesto que no lleva trazas de ejercer nunca tal profesión, á la cual no manifiesta inclinación alguna. Pero, en cambio, manifiesta singulares disposiciones literarias, así de escritor en prosa como de poeta, lo mismo en lo serio que en lo jocoso. Ha escrito mucho en periódicos de Santander, y quizá pronto se publicará un volumen de sus poesías, con prólogo de Amós Escalante. Entretanto, te envío dos ó tres para muestra. Creo que no me ciega la pasión al decirte que pronto tendremos un nuevo poeta montañés, y no de los vulgares».

Si el objeto de esta Introducción no fuese exclusivamente la personalidad y vida literaria de D. Marcelino Menéndez y Pelayo, yo trataría aquí, con la extensión que merecen, de los escritos de su hermano D. Enrique, porque, por más de un concepto, han de figurar honrosísimamente en la historia de nuestras letras, cuando se escriba con la amplitud é imparcialidad que estas obras deben escribirse.

Y si tal hiciera, claro es que estudiaría con la debida atención sus poesías líricas, de inspiración delicada y sentimental, como las de Selgas y Arnao; sus producciones dramá-

(1) Le votó, en efecto, más adelante, en 1889; pero entonces el Sr. Galdós salió derrotado por el señor Commelerán.

ticas y novelescas, de castiza factura y profunda intención moral; sus artículos festivos y de costumbres, de galana prosa y artístico gracejo. Pero, aunque á algunos pueda parecerles extraño, me detendría con especial complacencia en el volumen: *Interiores*, serie de *cuadros literarios*, publicada en 1910.

No conozco nada, en nuestra literatura contemporánea, que supere en su género á esas íntimas y exquisitas expansiones de un espíritu recogido y modesto, «que ningún placer siente con tanta intensidad como el placer de lo habitual, de lo cotidiano, de lo ordenado», que sabe sacar á la vida su jugo poético, sin temor de que á semejante poesía puedan faltarle materia ni alimento, «puesto que todo lo espera, no de éste ni el otro estilo de vivir, sino del paso de la vida, de su esencia misma y no de sus accidentes».

Leed aquella deliciosa «Apología del rincón», desde el cual, «mirando al claro de la ventana, se ven pasar los hombres y las cosas, ávidos de ser iluminados un momento»; aquella delicada descripción de «La tapia florida», que calma, con el homenaje de sus humildes parietarias, la ambición del poeta; la narración penetrante, en «Un alto», del misterio de las horas en que el alma «se entra adentro á recorrer sus estancias secretas, sus recónditos jardines»; el relato de las cosas vistas, cuando estudiante, una «tarde de domingo», en su casa de la calle de Valverde, en Madrid, casa «que tiene, como la vida, una fachada al Desengaño»; los *pequeños poemas* en prosa «Voces que no sueñan», «Vidas grises», «Luna llena»; la bondadosa ironía de «Lo apacible», y decidme si no experimentáis el sedante influjo de lo plácido, y no reconocéis con el autor los encantos de la paz y del silencio, en medio de los cuales «cobran voz y relieve las cosas menudas, las cosas humildes, que son para ciertos espíritus las reinas de las cosas».

De esta clase de escritores hay algunos, pero muy contados, en España. Recuerdo á Eduardo L. Chavarri, el autor de *Armónica* y de *Cuentos líricos*, en Valencia; á Santiago Rusiñol (el Rusiñol de *Oracions* y de *El poble gris*), en Barcelona. Suelen ser humoristas (no al modo cáustico y punzante de Byron ó de Heine, sino á la manera suave y agrídulce de Daudet) y críticos; pero antes que nada son poetas, de dulce y serena intimidad.

Así es Enrique Menéndez, por quien su hermano sentía un afecto entrañable, demostrado en mil ocasiones. Y si queréis ver cómo le correspondía el primero, reparad en aquella encantadora y cariñosa alusión con que termina el cuadro de «La criada vieja», en los mencionados *Interiores*:

«Tal es la fuerza de su ilusión, de su traslación á aquellos días felices, que yo me siento menguar de estatura poco á poco, y ya no tengo barbas..., ni escamas, y soy pequeño, y curso Humanidades... Nos han dejado solos á los chiquillos: yo, que debo estudiar mis lecciones, juego á la trompa, ó miro los santos del *Semanario Pintoresco*, y la Juana prepara la cena y cuida á la vez de mi aplicación.

—Á ver cómo estudias, chiquillo.

—No me da la gana. ¡Á la cocina!

—¡Holgazán, más que holgazán! No, no te han de encontrar á ti en las *libotecas* como á tu hermano...»

En Noviembre de 1886, tenía trazado Menéndez y Pelayo el Plan de los últimos tomos de las *Ideas estéticas* (siglo XIX). Como no llegó á publicar sino la larguísima Introducción de esta postrera parte, sólo referente al extranjero, creo conveniente dar á conocer aquí el fragmento de dicho Plan que ha llegado á mi noticia.

La parte española del siglo XIX, había de comprender los siguientes capítulos:

«1.º El Romanticismo: su influjo en la filosofía del Arte y en la preceptiva de las diversas artes.

- »2.º La Estética general en España durante el siglo actual.
 »3.º Vicisitudes de la preceptiva literaria, desde la época romántica hasta nuestros días.
 »4.º Estética de las Bellas Artes del Diseño.
 »5.º Estética musical.—Otras artes secundarias.
 »6.º Epílogo.—Estado actual de la ciencia.—Principios fundamentales de ella que pueden tenerse por ciertos y seguros.—Esperanzas de una futura construcción sistemática de la Teoría de lo Bello.»

El capítulo I, según dicho Plan, se distribuía de este modo:

«*El Romanticismo en España*. Sus innovaciones en la teoría y práctica del Arte.—Enlace del romanticismo con la tradición literaria española.—Breve recapitulación de lo dicho en el volumen anterior sobre las tentativas y protestas románticas del siglo XVIII. (Aquí insistiré en algunas cosas que antes se han dicho sólo de pasada, verbigracia, en los elementos semi-románticos que contienen algunas poesías de Meléndez, Cienfuegos, Quintana, Arriaza, Lista y otros.)—La guerra de la Independencia: su influjo en el despertar del genio nacional.—Primeros asomos de crítica romántica: D. Genaro Figueroa (*Análisis del Teatro español*; 1813).—Böhl de Faber (1817) levanta resueltamente la bandera romántica en los periódicos de Cádiz y en varios folletos, haciéndose eco de las opiniones de Guillermo Schlegel.—Polémica de Böhl de Faber y de su mujer con Alcalá Galiano y D. José Joaquín de Mora, en defensa del Teatro de Calderón (1818).—Ayudan á Böhl varios escritores gaditanos.—Empiezan á difundirse traducciones de las obras de Chateaubriand, Madame de Staël, etc.—Época constitucional del 20 al 23.—Crítica eclética representada por Lista en *El Censor*, haciendo muchas concesiones al Teatro español, pero conservando lo más sustancial de los preceptos clásicos.—Innovaciones tímidas que acometen en el Teatro Gorostiza, Burgos, Trueba y Cosío y algún otro.—El movimiento romántico en Barcelona: aparición de *El Europeo* en 1822.—Doctrinas estéticas de Aribáu, López Soler y Monteggia, que dan á conocer las obras de Schiller, Walter Scott, Manzoni, Byron, etc.—Doctrinas literarias dominantes entre los emigrados españoles de 1823.—Romanticismo histórico, á la inglesa ó á la escocesa (Blanco White en las *Variedades ó Mensajero de Londres*, Andrés Bello en el *Repertorio Americano*, Salvá y otros en los *Ocios de españoles emigrados*, Almeida Garrett en *O Portuguez*, Trueba y Cosío en los prólogos de sus novelas, el duque de Rivas, Alcalá Galiano en el prólogo al *Moro Expósito*, Villalta, Mora, etc.).—Martínez de la Rosa, después de la publicación de la *Poética*, modifica sus ideas en sentido romántico templado: sus dramas: su discurso sobre *El drama histórico*.

»Progresos de las nuevas ideas dentro de España: multiplícanse las traducciones de novelas de Walter Scott.—Primeros conatos de novela histórica, por Húmara y Salamanca, López Soler, Kostka Bayo, P. Pérez y otros de Barcelona y Valencia.—Las ideas críticas en Madrid; Burgos (sus estudios sobre el Teatro español, su discurso de entrada en la Academia, etc.); Clemencín (Notas al *Quijote*), Cortina y Hugalde (Notas á la *Literatura española*, de Bouterweck), D. Bartolomé José Gallardo, Navarrete, D. Serafín E. Calderón, y otros eruditos.—Despiértase el amor á la antigua literatura nacional.—Primeros atrevimientos dramáticos de Bretón y Gil y Zárate.—Las *Cartas Españolas*.—Primeros escritos en sentido romántico: discurso de Donoso Cortés en la cátedra de Humanidades de Cáceres; discurso de D. Agustín Durán sobre el antiguo Teatro español; nuevas publicaciones de Böhl de Faber.—Influencia de las enseñanzas de Lista: sus principales discípulos (Espronceda, Vega, Pardo, Molins, etc., etc.).—Muerte de Fernando VII y triunfo definitivo de la escuela romántica.—Sus críticos: Larra, Espronceda, Ochoa y Madrazo (en *El Artista*); Enrique Gil, Pastor Díaz, Tassara, Donoso Cortés

(*Clasicismo y Romanticismo*); Alcalá Galiano, Pacheco, Cueto (en *El Piloto*), etc., etc.—Posición independiente de Lista: sus artículos en *El Tiempo*, de Cádiz (*Ensayos literarios y críticos*): su influencia en Andalucía; sus principales discípulos en esta nueva etapa (Amador de los Ríos, Fernández Espino, Zapata, Huidobro, etc.).—El romanticismo catalán (clasicismo independiente de Cabanyes): Piferrer, Carbó, Semís, Milá (en su juventud), Rubió, Quadrado, Arolas, Aguiló, Ribot y Fontseré (su *Poética romántica*).—Manifestaciones diversas de este romanticismo en Mallorca y Valencia: sus resultados; renacimiento de la lengua y literatura catalanas.—El Romanticismo en Portugal: sus resultados; creación del teatro y de la novela histórica: Almeida Garrett, Herculano, Soares de Passos, Rebello da Silva, Mendes Leal, Andrade Corvo, Silva Gayo, etc., etc.—Posición independiente de A. Feliciano del Castilho. Sus concesiones al romanticismo.—La revista portuguesa *O Panorama*, es allí lo que en Madrid *El Artista*.—Renacimiento de la poesía popular: el *Romancero* de Almeida Garrett, etc., etc.

»Consecuencias del Romanticismo: en la Teoría general del Arte; en las artes plásticas; en la música (esto rápidamente, porque luego ha de tratarse en capítulos diversos); en la poesía lírica; en el teatro; en la novela; en la historia; en la arqueología; en el modo general de sentir y en las costumbres.»

Algunas (muy pocas) indicaciones sueltas hay en las cartas de Menéndez y Pelayo á Laverde, acerca de la manera de desarrollar ciertos temas de los mencionados (¹). Del Duque de Rivas y su influencia tenía altísimo concepto: «Yo no sé—decía—si me ciega la afición que tengo á todas las cosas de su casa; pero creo que *Don Alvaro* es una concepción mucho más amplia y más admirablemente ejecutada que cuantas admiramos en el antiguo teatro español; tal, en suma, que sólo en Shakespeare ó en el *Wallenstein* de Schiller puede encontrar semejante. Y creo también que *El Moro Expósito* y los *Romances* son la poesía más genuinamente épica que ha brotado en el siglo XIX, superior mil veces á los poemas cortos de Walter Scott, y tan buena como sus mejores novelas.» (Carta de 2 de Abril de 1883.)

De una preciosa adquisición bibliográfica, de la cual habla en *La ciencia española*, da cuenta á Laverde, en carta de 13 de Junio de 1887: «He adquirido—escribe,—gracias al librero Quaritch, de Londres, el más extraordinario ejemplar que puedes imaginarte de la *Antoniana Margarita* (primera edición de Medina del Campo, 1554), adicionada con las *Objecciones* de Miguel de Palacios, con la réplica de Gómez Pereira, y con su *Nova veraque Medicina*. Este maravilloso ejemplar tiene, además, una soberbia encuadernación de Dérome en cuero de Levante. A juzgar por las señas bibliográficas, debe de ser el mismo ejemplar que adquirió tan alto precio en la venta de los libros del Duque de La Vallière á fines del siglo pasado, y que luego perteneció al bibliófilo inglés Payne. Le tengo por la joya más preciosa de mi colección de filósofos españoles, donde hay libros tan extraordinarios como aquel *De hominis natura*, de Pedro de Montes, que en ninguna otra parte he visto» (²).

(¹) En carta de 20 Setiembre 1887 disculpa Menéndez y Pelayo la desmedida Introducción del último tomo de sus *Ideas Estéticas*, y añade: «Al principio quise hacer un libro meramente histórico; ahora me va resultando tan didáctico como histórico, lo cual no me pesa, por lo mismo que no hay en España ningún tratado de Estética tan amplio y copioso como hoy exige el contenido de esta ciencia.»

Sobre los tomos de dicha obra, por entonces publicados, publicó un entusiasta artículo el Dr. Ad. Lasson en la *National-Zeitung*, de Berlín, enalteciendo la importancia de los descubrimientos de Menéndez y Pelayo para la historia general de la ciencia estética.

(²) También adquirió entonces una importante colección de más de 300 tragedias clásicas castellanas, impresas y manuscritas, de los siglos XVIII y XIX.

En 1887 también empezó la impresión del tomo III del *Ensayo* de Gallardo, de cuya corrección hubo de encargarse Menéndez y Pelayo á ruegos de Tamayo, porque Zarco del Valle y Sancho Rayón se excusaron. Asimismo comenzó en dicho año la impresión de las *Obras* de Milá, que habían de constar, á juicio de Menéndez, de once á doce tomos; en el último pensaba publicar sus *Memorias sobre la vida literaria de Milá*, con un apéndice de correspondencia suya muy interesante con doctos extranjeros. El Dr. Wilkens, Profesor de Viena, le remitió por entonces parte de la correspondencia de Milá con Fernando Wolf.

En Febrero de 1888, el editor Navarro propuso á Menéndez y Pelayo la publicación de una *Antología de líricos castellanos*, proyecto que el segundo acogió con entusiasmo, y que no empezó á realizarse hasta 1890. Pensaba que la colección constase de diez ó doce volúmenes. En el primero irían los anteriores á Garcilaso. A Lope de Vega se le dedicaría un tomo, y otro á Quevedo. Se reimprimiría la *Primavera y flor de romances*, de Wolf y Hofmann. Habría dos volúmenes para los poetas americanos. Este plan sufrió luego una transformación radical, de tal suerte, que en 1908, publicados trece tomos, todavía no se había entrado en Garcilaso.

Por aquel año de 1888 estuvo nuevamente Menéndez y Pelayo en Barcelona, donde leyó un discurso en catalán, que fué extraordinariamente aplaudido y que se imprimió. «La Reina—escribía á Laverde, contándole el suceso,—á quien se le dimos en una traducción castellana, quedó, al parecer, muy encantada; me convidó á comer, y me dijo mil cosas agradables».

A principios de 1889 fué nombrado Bibliotecario (interino) de la Real Academia de la Historia, á propuesta de Cánovas y de Gayangos, lo cual le agradó sobremedida, no sólo por la ventaja de tener casa, sino por la de estar al frente de una Biblioteca tan importante, y de la cual podía sacar tanto fruto para sus estudios.

* * *

En la Universidad fué encargado Menéndez y Pelayo de inaugurar el curso de 1889 á 1890. Su primer pensamiento fué tratar de *Luis Vives*, y con esta idea trabajó más de un mes durante el verano de 1889; pero viendo que el estudio resultaba larguísimo y que le sería imposible terminarle dentro del plazo fatal de los dos meses, determinó guardar todos sus apuntes para un libro futuro, y, apremiado por el tiempo, escribió «de prisa» una disertación sobre *las vicisitudes de la filosofía platónica en España*.

Fué entonces la primera vez que oí en público á Menéndez y Pelayo, y jamás se borrará de mi memoria el efecto de aquella magistral oración, briosamente leída, escrita con erudición y crítica profundas, precedida, además, de dos encantadoras semblanzas de Camús y de García Blanco.

Aquel mismo año, la Real Academia Española determinó emplear sus grandes ahorros en una edición monumental y completa de Lope de Vega. Menéndez y Pelayo fué el encargado de dirigirla. El primer tomo había de contener la biografía de Lope, escrita por La Barrera y adicionada por D. Marcelino con nuevos documentos.

A fines de 1889 fué electo Académico de Ciencias morales y políticas. En cuanto al tema de su futuro discurso de entrada, Menéndez vacilaba entre «Séneca y D. Francisco de Quevedo, considerados como moralistas», y «Francisco Sánchez y los precursores españoles de Kant». Al fin se decidió por el segundo.

El tomo I de *Lope*, las *Obras* de Milá, la nueva edición del tomo I de las *Ideas estéticas*, ocupaban á Menéndez y Pelayo al empezar el año de 1890. Adquirió también por aquellos días un libro de la mayor rareza: el *Pugio Fidei*, de Raimundo Martín, y algunos códices

importantes del siglo XV (entre ellos, uno que contiene la versión del *Phedon* platónico por el Dr. Pedro Díaz de Toledo, y el compendio de la *Iliada*, por Juan de Mena; y otro, copia del siglo XVI, del *Libro de las virtuosas e claras mugeres*, de D. Álvaro de Luna).

Por entonces dió en Madrid una conferencia pública acerca de Manzoni: pero fué casi totalmente hablada, y no había taquígrafos, por lo cual resultó imposible recogerla.

Su biblioteca pasaba en 1890 de los 10.000 volúmenes. Aquel año, el Marqués de Valmar, en agradecimiento por la colaboración que le prestó en la edición académica de las *Cántigas*, le cedió todos los materiales que tenía reunidos para el tomo IV de *Líricos del siglo XVIII*, que no quiso publicar Rivadeneyra. También le regaló, entre otras curiosidades, el ejemplar de *Esvero y Almedora*, que Maury dió á Valmar en 1844, lleno de enmiendas y adiciones para una segunda edición que el autor proyectaba.

En carta de 23 de Setiembre de 1890, Menéndez y Pelayo hablaba á Laverde del tomo I de la *Antología de poetas líricos*, ya publicado; del III de las *Obras* de Milá, y del artículo sobre un poeta montañés del siglo XVIII, inserto en el volumen *De Cantabria*. Al mismo tiempo le agradecía, en cariñosas frases, la *Oda* que Laverde le había dedicado.

Gumersindo Laverde Ruiz no pudo contestarle. La terrible enfermedad nerviosa que durante diez y seis años le había atormentado cruelmente, poniendo á prueba su resignación cristiana, acabó con su vida entonces. Murió en 12 de Octubre de 1890. En el citado volumen *De Cantabria*, «Pedro Sánchez» había tratado de su persona y escritos. Después de su fallecimiento, nada importante se hizo para enaltecer la memoria del inspirado poeta de *La luna y el lirio* (1).

* * *

La muerte de Laverde fué, sin duda, un golpe durísimo para Menéndez y Pelayo. Con aquel inolvidable «restaurador de los estudios de filosofía española», había convivido intelectualmente desde 1874; con él consultaba las correcciones de sus versos, los planes de sus futuras obras, los pliegos de las que iban imprimiéndose; á él debió, en suma, buena parte de su dirección espiritual durante la época que á grandes rasgos hemos narrado. Tan honda fué esa comunidad de pensamiento, que muchas veces, en el curso de su correspondencia epistolar, Menéndez y Pelayo se olvidaba de la paternidad de sus propias obras, y solía decir «nuestro trabajo», refiriéndose á cualquiera de los libros que llevaba publicados.

Y es de notar, además, esta circunstancia: muerto Laverde, el aspecto de la producción literaria de Menéndez y Pelayo cambia de un modo bastante notable. Desde 1874 hasta 1890, Menéndez y Pelayo es, casi únicamente, un *humanista* y un *historiador de la filosofía*. La crítica literaria, en que, ciertamente, no dejó nunca de ocuparse, es un accidente, y nada más que un accidente, en su labor de la época referida. Pero, desde 1890 en adelante, la Poesía, los clásicos y la Filosofía ocupan en su vida un lugar secundario, y, aunque informado por su espíritu renaciente y filosófico, que le dió el sentido artístico de la forma y la visión transcendental del ideal, se ocupa preferentemente en la ilustración de la historia literaria española.

Como antes he dicho, fué electo diputado á Cortes por vez primera en la legislatura de 1884 á 1885. Nuevamente lo fué en 1891, por la circunscripción de Zaragoza. En las legislaturas de 1893 á 1894 y 1894 á 1895, fué senador por la Universidad de Oviedo. Desde 1899 hasta su muerte, desempeñó el cargo de senador, elegido por la Real Acade-

(1) Véase especialmente el artículo de D. Juan Vázquez de Mella en la *Hoja Literaria* de *El Correo Español* de 27 Enero 1892. Fué reproducido en *El Pensamiento Galaico* de 5 Febrero del mismo año.

mia Española. El partido conservador, al cual perteneció, con invariable consecuencia, desde los primeros momentos de su vida política, no encontró ocasión propicia para nombrarle senador vitalicio, á pesar de que Menéndez y Pelayo no ocultaba su deseo en tal sentido. Bien es verdad que D. Marcelino concedía escasísima atención á los asuntos políticos: apenas utilizaba otro derecho de senador que el de servirse de la estafeta oficial; y no iba al Parlamento sino en contadísimas ocasiones, cuando su presencia era necesaria para alguna votación de excepcional interés. Otro tanto le ocurría respecto del Consejo de Instrucción pública, al cual perteneció durante varios años.

Su vida se hacía también cada vez más solitaria y aislada. Cuando joven, no le disgustó, sin embargo, la sociedad: frecuentaba los bailes de la condesa de Villalobos, madre del actual marqués de Cerralbo; asistía á las tertulias de Fernández-Guerra, del marqués de Valmar y del marqués de Heredia; comía y almorzaba en diversas casas (entre ellas, en la de D. Juan Facundo Riaño, en el palacio de la duquesa de Alba y en casa de la marquesa de Viluma); desde 1895 en adelante, fué apartándose poco á poco de lo que no fuera su ordinaria y frugal existencia, limitando sus visitas á contadísimos número de buenos amigos, entre los que figuraba el Excmo. Sr. D. Francisco de Laiglesia, con quien le ligaron lazos de entrañable y nunca desmentido afecto. Aborrecía la etiqueta y las ceremonias oficiales, y siempre fué poco ducho en trámites oficinescos. La ocupación de escribir cartas, que le distraía de sus trabajos favoritos, causábale un martirio increíble, y no hay que decir que las recibía diariamente por docenas, de diversas partes del mundo. Nunca gustó de secretarios, y así la correspondencia se amontonaba en su mesa, causándole desazones sin cuento la imposibilidad en que se hallaba de contestar á todos sus corresponsales.

Durante sus veinte años de profesorado universitario, ejerció influencia eficaz y duradera en las generaciones que escucharon su palabra. Su sistema consistía en dar conferencias sobre los diversos extremos comprendidos en el tema especial del curso. Comenzó su enseñanza explicando la literatura hispano-latina, y sucesivamente siguió tratando, en los cursos posteriores, de las épocas siguientes. El último mes del año académico solía dedicarlo á conversar con los alumnos acerca de los puntos que habían sido objeto de sus conferencias. No encomendaba trabajos particulares, ni hacía excursiones con los alumnos, ni se convertía en *director de las conciencias* de estos últimos, como algunos hacen; pero predicaba con el ejemplo, y enseñaba á trabajar, trabajando él, que es la manera más eficaz, como ha demostrado la experiencia, de crear discípulos. Del efecto de su método podrá dar idea la siguiente anécdota, referida por mí en 1906 y alusiva á la época en que oficialmente fuí su discípulo:

«Hablaban el maestro aquel año de Tirso de Molina, y, desde la primera conferencia del curso, nos cautivaron su incomparable plan y el encantador aticismo de su palabra. Era un día de los brumosos de Enero. Habíamos entrado en clase á las tres de la tarde, para salir á las cuatro y media. Aquel día se trataba de la comedia *El Rey Don Pedro en Madrid*, y el maestro discutía las atribuciones que á Tirso y á Lope de Vega se han hecho de la referida obra dramática. El maestro se *encaró* (ésta es la expresión propia) con la inmortal figura del monarca castellano, comenzó á determinar su representación histórica, y pasó luego á contarnos cómo esa figura había sido interpretada en la literatura, desde Tirso hasta Zorrilla, pasando por Lope de Vega. Más que una conferencia académica, parecíanos aquéllo un desfile positivo y real de personajes de carne y hueso, cada uno de los cuales vaciaba ante nosotros su alma y nos revelaba con profunda y maravillosa sinceridad los misteriosos escondrijos de su pensamiento y de su vida. El maestro se hallaba como poseído de un sagrado entusiasmo, y nosotros escuchábamos con la misma recogida y ferviente atención con que el prosélito puede oír la palabra de un enviado del

Altísimo. La obscuridad, que cada vez envolvía más intensamente al aposento, el corto número de los que allí estábamos, el silencio imponente que se guardaba, todo contribuía á que la palabra incisiva y vibrante del maestro produjese un efecto más poderoso.... Pero, de pronto, alguno de nosotros observó que la hora de salida iba á dar, y que *Manolín*, el viejo bedel, entraría en breve á indicar á D. Marcelino que la clase debía concluir.... Sin ponernos de acuerdo, surgió la misma idea en nuestras mentes, y un compañero salió sigilosamente á conminar al bedel, con las más estupendas penas, á fin de que, por aquel día, no entrase á perturbar nuestra devoción. En efecto, la hora fatídica no fué anunciada, y el maestro, embebecido en el asunto, hablaba y hablaba, y su palabra era raudal inextinguible de ciencia y de *visión* literaria. Y la luz llegó á desaparecer por completo, y el maestro, no pudiendo ya leer en el texto de Tirso, lo recitaba de memoria, y recitaba también á Lope y á Zorrilla, y á muchos más, y los interpretaba y comentaba, y sacaba á luz los secretos de su obra, y el encanto de la lección tocaba en los linderos de lo prodigioso.... Pero dieron *las seis de la tarde*, y el maestro hubo de advertir lo avanzado de la hora, suspendiendo la explicación.

»Y salimos de clase, silenciosos y conmovidos, absortos en las palabras del maestro, conservando el recuerdo de aquella tarde memorable, como los felices comensales del *Symposio* platónico guardaron siempre el de los divinos coloquios de Sócrates con la extranjera de Mantinea.»

* * *

En 16 de Diciembre de 1892 fué nombrado definitivamente Bibliotecario perpetuo de la Real Academia de la Historia, trasladando su residencia desde el Hotel de las Cuatro Naciones al modesto desván de aquella Casa, que ocupó hasta su muerte, y donde le acompañó en los primeros años su excelente amigo y paisano D. Gonzalo Cedrún de la Pedraja.

En 1891 había publicado el último tomo de la *Historia de las ideas estéticas en España*, interrumpiendo esta publicación para ocuparse en la *Antología de poetas líricos castellanos* (comenzada en 1890) y en las *Obras de Lope de Vega* (empezadas también en 1890), tareas ingentes, que entremezcladas con la *Antología de poetas hispano-americanos* (1893-1895), le ocuparon, respectivamente, hasta 1908 y 1902. Desde 1905 hasta su muerte, fueron los *Orígenes de la Novela* y la edición de sus *Obras completas* las tareas literarias en que principalmente invirtió su tiempo, no sin producir á la vez considerable número de trabajos menores, que van reseñados en la *Bibliografía*.

En Junio de 1898 murió el dramaturgo Manuel Tamayo y Baus, Director de la Biblioteca Nacional, y en Julio del mismo año fué nombrado en su lugar, para este último puesto, Menéndez y Pelayo. Los trámites de este suceso han sido puntualísimamente narrados por el Sr. Paz y Melia en un interesante artículo de la *Revista de Archivos*, donde se demuestra el decisivo interés que por ese nombramiento mostró la Duquesa de Alba, y la resuelta actitud del Ministro (D. Germán Gamazo) en favor del mismo. Menéndez y Pelayo quedó satisfechísimo con el nuevo cargo, acerca del cual escribía desde Santander, en 27 de Junio, á la Duquesa: «No puedo entrar con mejores auspicios en esta nueva dirección que se abre á mi vida, y en que creo poder prestar más útiles servicios que en la enseñanza, cuyo mecanismo me ha sido siempre antipático, al paso que el vivir entre libros es y ha sido siempre mi mayor alegría.» Como Director de la Biblioteca Nacional, Menéndez y Pelayo dedicó sus esfuerzos á la publicación de Catálogos especiales (que empezaron á aparecer en la *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*), y á la de Memorias premiadas en concursos. Bajo su dirección, la recién fundada *Revista de Archivos* llegó á figurar á la cabeza de las revistas de erudición española. Él mismo, personalmente, repasó